

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	1'00
» Extranjero »	1'50

## El Congreso Obrero

En los días 8, 9 y 10 se han celebrado las sesiones del primer Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo con la asistencia de buen número de delegados de distintas regiones y la adhesión de entidades y federaciones de casi todas las provincias de España.

No tenían gran importancia los temas a discutir, bajo el punto de vista revolucionario, y temíamos un fracaso; pero bastó que los periódicos republicanos *El Poble Catalá* y *La Publicidad*, publicaran algunos artículos censurando a los obreros más significados de la Confederación por haber impreso a ésta un matiz netamente revolucionario, para que se vislumbrara desde la primera sesión que todos los acuerdos del Congreso habrían de inspirarse en la acción directa, como único medio de lucha.

Y así fue. El tema «Sindicalismo a base múltiple», cuya discusión había sido aplazada durante dos congresos, era esperada en éste con ansiedad, para definir de una manera clara la orientación que en sus luchas ha de seguir esta Confederación.

Débilmente fué defendida por dos compañeros la base múltiple y calurosamente ensalzada la acción directa y todos los medios revolucionarios que el sindicalismo debe emplear en sus luchas contra el capital, que ha de quedar tan quebrantado por las arremetidas de esta acción, que bastará un pequeño y decisivo esfuerzo para que quede sepultado para siempre.

En nada han influido los ataques que la prensa, en primer lugar la republicana sin excepción, aunque con verdadero ensañamiento la que dentro de su republicanismo ostenta matiz catalanista, han dirigido constantemente y sobre todo en los días próximos a la celebración del Congreso a esta Confederación, por su orientación, exponiendo los peligros a que se exponen los trabajadores apelando a la violencia y las ventajitas que obtendrían por medio del cooperativismo, el socorro mutuo y la acción política; pero el proletariado consciente representado en el Congreso, ha contestado a estos charlatanes aprobando temas y mociones de simpatía a todos los que luchan empleando medios contundentes para asegurar los convincentes que hasta ahora no han dado resultado, y alzando su voz contra la guerra.

Y no podía ser de otro modo. El sindicalismo se ha penetrado de que ya es mayor de edad y de que los ejércitos de todos los países tienen por principal misión sostener el privilegio, y se ha decidido por una orientación antipolítica y antimilitarista, educando a sus adherentes en los principios de solidaridad y fraternidad humana, y enseñándole que su emancipación ha de venir por su propio esfuerzo, no confiándola a ninguna clase de redentores, ni aun a los que hoy conviven con él en el taller o la fábrica.

Por eso la Confederación Nacional del Trabajo está siendo objeto de los odios burgueses y autoritarios, y «A las puertas de un Congreso» vienen a ladrar los perros del capital, creyendo ahuyentar de él a los trabajadores que aun creen en la eficacia de la política, del cooperativismo y demás paños calientes con que quieren detener la acción quirúrgica tan necesaria para amputar de esta sociedad los miembros putrefactos de la autoridad y capitalismo.

El Congreso, con sus conclusiones, y con el número de delegados asistentes y más aun con sus numerosas adhesiones ha contestado a la tontería del gobernador civil de Barcelona, que ha dicho a su jefe el señor Canalejas: «El sindicalismo en Cataluña está completamente desorganizado; he conseguido aniquilar los mayores entusiasmos del mismo.»

«¿Qué le dirá al señor Canalejas en vista de la importancia que bajo el punto de vista revolucionario ha tenido el Congreso sindicalista? Si en algo aprecia su seriedad debía de anunciarle que en la provincia de su mando ha aparecido la aurora boreal.»

En este Congreso han quedado ratificados los acuerdos del anterior en lo que afecta a la táctica a seguir y se ha acordado que durante los dos años próximos el Comité de la Confederación Nacional del Trabajo resida en Zaragoza, y que en la misma capital se celebre el próximo Congreso.

El acuerdo más importante, a nuestro juicio, fué la creación de un periódico diario, órgano de la Confederación. La necesidad de que los trabajadores tengan prensa diaria se ocha de ver constantemente, no sólo para dar cuenta del movimiento revolucionario mundial, sino para salir al paso a las procacidades de la prensa burguesa y restablecer la verdad en cuanto al proletariado se refiera.

En la sesión de clausura tomaron parte un delegado de cada una de las regiones en el Congreso representadas, quedando de

manifiesto la unidad de pensamiento y de pareceres de los trabajadores españoles y censurando con acritud a la prensa amiga del obrero, que continuamente ha combatido a la Confederación calumniando a los compañeros que formaban su Comité.

Por este resultado habrán podido vencerse todos que es inútil cuanto hagan por desviar la acción revolucionaria en que se orienta el actual sindicalismo. No puede ser otro el medio de lucha, porque la propaganda anarquista ha tomado tal incremento que todos los trabajadores van adaptándose sus teorías.

No haremos la afirmación de que el sindicalismo sea anarquista, ni de que nuestra emancipación absoluta venga por medio del sindicalismo, pero si diremos que si practica los medios de lucha que preconiza, dejará el camino libre para la definitiva batalla, de cuyo triunfo ha de surgir la anarquía, que es la suprema aspiración del proletariado.

## La higiene y la guerra

Tanta solicitud espanta. Los periódicos de mayor circulación en París parecen revistas de la Academia de Medicina. Un doctor nos aconseja la vacuna de la tifoidea para preservarnos de esta fiebre maligna. Otro doctor discurre sobre los efectos del «606». Otro Mechnikoff, de regreso de parajes infestados por la peste, nos asegura que no nos visitará esta mortal epidemia.

«¿Qué remedios no se publican diariamente contra el cólera, y qué precauciones, para librarnos de él, no se aconsejan?»

Y no paran ahí los buenos oficios de los galeanos, combinados con los periodistas. También nos advierten lo que debemos comer y beber en tiempo canicular, y un médico nos enseña cómo debemos lavarnos, y otro médico nos alecciona en el modo de dormir.

«¿Cuánta solicitud! ¿Cuánto cariño! ¿Y cuánto afán porque la Humanidad viva sana y largo tiempo!»

Pero en esas mismas páginas donde se cuida solícitamente de nuestra salud hay columnas dedicadas a la guerra, y corre por ellas una ráfaga de mal reprimido odio internacional. Se compara artillería con artillería, infantería con infantería, fuerza con fuerza. Se afronta fríamente la posibilidad de una hecatombe tremenda, aun más siniestra que la del Año terrible; terrible de sangre, de ruina, de frío, de epidemias, de pestes parecidas a las que se quiere apartar de nosotros con consejos higiénicos...

Y esa guerra en que casi todo el mundo piensa con inconsciencia cruel, esa guerra que sería una calamidad pública, no responderá a necesidades de dignidad nacional, sino de mercantilismo usurero. Comentando un dicho de Emile Ollivier—quien ha comparado el asunto de Marruecos al asunto de Méjico, adonde se fué a servir concupiscencias de financieros, aunque pretextando que se iba a regenerar un pueblo, a restablecer el orden y a imponer un Gobierno,—el autor de la *Libreta de un salvaje* hace estas sesudas observaciones:

«Hoy, como ayer, los franceses obedecemos a un grupo de especuladores, los cuales disputan a los alemanes el derecho de despojar a los marroquíes de sus riquezas naturales, de establecer Bancos, de obtener concesiones, de contratar empréstitos, etc. Eso es la guerra moderna, la guerra llamada económica, la que manda a pobres soldados a romperse los riñones, no ya por el honor o la gloria, sino para que los traficantes puedan apilar sacos de escudos. El papel que hacemos en Marruecos es humillante, y resultará odioso si se convierte en regateo, merced al cual cambiaremos territorios y nos convertiremos en desvalijadores de pueblos pequeños.»

Guerra de mercaderes ó, dicho sea con más exactitud, de pilletes, guerra que recuerda los ataques de las diligencias, y en la que se ve a la partida que opera detenida por otra partida que reclama su parte.

«Y por un ideal así se aprestan los pueblos, como carneros, a ir al matadero de la guerra, y se habla corrientemente de él en la misma tribuna donde se dan consejos higiénicos y se recetan medicamentos para vivir mucho y bien!»

Tamaño contradicción me recuerda la ironía de los carceleros, que cuidan al reo de muerte si se enferma, lo vigilan para que no atente a su vida, lo ceban y distraen, y luego, abriendo la puerta de la prisión, le empujan a la báscula de la guillotina...

LUIS BONAFoux

## LA PROPIEDAD

La propiedad no es sagrada; la propiedad es la usurpación; es el robo hipócrita y canallesco, con todos los ensañamientos, ruindades y alevosías en su más alto grado.

Dicho así, será muy brusco, pero muy verdadero.

La propiedad engendra los odios, los crímenes; por ella hay esclavos y prosti-

tutas; por ella aborrecen los padres a los hijos y viceversa; por ella se arrastra media humanidad, oculta y andrajosa, en busca de un mendrugo. Es lo más estúpido, lo más inicuo, lo más antinatural; es la fuente de donde manan todas las miserias y trastornos. Ella hace que la tierra, que sería un paraíso (bastante mejor que el contemplativo y tonto de la Biblia), sea un infierno, convirtiendo al hombre en un ser más desgraciado que un irracional, pues llega a aborrecer su existencia y a maldecirla.

Todos los productos de la tierra son comunes como el sol y el aire; pues no es de creer que la naturaleza haya sufrido sus revoluciones, sus trastornos y cataclismos hasta ser lo que hoy es, sólo para beneficiar a una clase determinada.

Todo lo que no es agradable, todo lo que nos emancipa del bruto, todo lo que hace que el hombre sea un intelectual, en vez de una bestia de carga; todos los instrumentos de trabajo, todas las máquinas, desde la primer hacha de sílex, hasta la última máquina perfeccionada, son obra de innumerables generaciones, de sufrimientos sin cuento de infinidad de trabajadores.

Ningún artista, ningún industrial, ningún inventor, han podido realizar sus obras, ni menos mejorarlas, sin el auxilio de herramientas y conocimientos de sus antecesores, ni sin la ayuda de sus contemporáneos. Nadie, pues, tiene derecho a decir «Esto es mío».

Vivimos de anomalías.

Se persigue al ladrón, se le llena de oprobio, se le manda a presidio. Sin embargo, ¿qué fueron los primeros propietarios, sino unos bandidos? De qué se origina la propiedad, sino de los hechos de aquellos forajidos?

Se hicieron fuertes por la fuerza, se organizaron y escribieron leyes para hacer sagradas sus rapiñas y hasta les dieron un carácter divino para mejor asegurar sus propiedades.

Ya fuerces y subyugadas las masas ignorantes por la fuerza, las leyes y la superstición, convirtieron al que nada poseía, por ser menos malo, ó menos osado, en bestia de carga y en instrumento de trabajo; y así, el señor feudal, el amo, el capitalista, han ido poco a poco apoderándose de todo, escribiendo leyes al mismo tiempo, hasta el punto de prohibir pasar por determinados sitios, y monopolizando hasta el sol y el aire, haciendo vivir al pobre en habitaciones raquíticas y faltas de higiene, como si la tierra se hubiera enfriado sólo para ellos, ó como si hubieran sido mandados de otro planeta por una divinidad, para mandar a los hombres de la tierra.

Y esos poderes así constituidos, que deben su nobleza a las violencias de sus antepasados, persiguen a los bandidos; ¿por qué? Porque ellos cuentan con una partida más numerosa, más disciplinada, que puede ejercer sus actos vandálicos, impunemente; pues mientras se ahorca a los pequeños bandidos, se premia a los bandidos grandes sin duda porque ejercen la industria al por mayor y con música.

No hay más razón; pues mientras haya bandidos en grande, cualquiera, cuando quiera, puede ser bandido en pequeño. Igual derecho asiste a unos y a otros, y aún habría mucha lógica en favor de los últimos.

La fuerza es una brutalidad, no una razón; ni es lógico que se ahorque al que roba y mata por uno y se halague y haya que descubrirse ante el que roba y mata por mil.

Pero dejemos eso. Supongamos que la propiedad individual deba de existir.

«¿Quién tiene derecho a ser propietario? Vosotros, sin duda, banqueros, ministros, poderosos. Vosotros, que os habéis expuesto a estrecharos desde el andamio para construir vuestros palacios; vosotros, que os habéis introducido en las entrañas de la tierra para sacar las alhajas con que os adornáis; vosotros, que arrostráis las tempestades del Océano, que os tuesta el sol y os hiela la nieve cavando la tierra; vosotros que habéis construido caminos é inventado los medios de locomoción y pasáis las noches en vela para ser útiles en algo a vuestros semejantes.»

Hacéis bien en conservar lo vuestro. Los demás, que mueran a la puerta de vuestros filántropos sentimientos, porque no cultivan; que no viajan, porque no construyen ni inventan; y si protestan por el dolor que les produce el hambre en sus estómagos, dad cargas de caballería, restableced el orden, haced entrar en razón a esos bellacos que quieren participar de lo vuestro, que tanto esfuerzo os ha costado el poseerlo.

«¿Qué sería la humanidad sin vosotros, sin vuestras sabias leyes, tan bien dispuestas para refrenar las malas pasiones, para extirpar los vicios, los malos instintos! Horror da el pensarlo. Se despedazarían los hombres como fieras...»

¡Farsantes!

No debíais comer y os erigís en amos.

Sois inútiles para todo lo que no sea comodidades y vicios. Con esto último llegáis al refinamiento, os revolcáis, os cubris de lodo. ¡Y tenéis la pretensión de regir a los demás hombres!

Compráis un brazalete para vuestra querida ó un collar para vuestro perro, á cambio de la desesperación y el hambre de centenares de familias, y os apartáis con asco del haraposos, que no casucie vuestros trajes, y... ¡qué aberración! Esos haraposos á quien vosotros habéis reducido á la miseria, se arrastran á vuestros pies, por una sonrisa vuestra... Casi estoy para decir que hacéis bien en tratarlos á puntapiés. ¡Por idiotas!...

¡Sí; porque esos mendigos, esos haraposos, la plebe, el populacho, como vosotros llamáis á los que despojáis, no tienen más que cruzarse de brazos para anoadaros, ¡imbéciles orgullosos!...

Vosotros, tan estirados, tan perfumados, tan polichinelas, con vuestro traje del último figurín, tan déspotas y altaneros, cuando tenéis todo, cuando cobardes, cuando no poseéis nada, os suicidáis antes que sufrir las penalidades del trabajador.

¡Entonces si que sabríais el derecho que tiene á las comodidades y á la vida el que va vestido de remiendos!»

FRANCISCO PÉREZ

## LA POLÍTICA

Esa alcahueta sin pudor ni vergüenza, que aspira á derribar altares para levantar otros; que trabaja por derribar unos Jefes para elevar otros Amos; que no se alimenta nada más que de ambición y egoísmo; que hace caer Gobiernos para nombrar otros que con distinto ropaje cometen los mismos crímenes; que le dice al proletariado «lévame y obedéceme» ofreciendo lo que nunca cumple; que trata de colocar la venda de la ignorancia sobre los ojos de los oprimidos haciéndolos creer con engaños que el Poder—se derrumba conquistándolo; esa llamada Política que sirve de base á cuatro vividores que embaucan á la masa guiándola por falso camino por temor á que el explotado se eleve en ira viril y pueda de un zarpazo destruir el orden de cosas establecido que á los engañadores permite vivir á costa de sus «borregos»; esa Política rastro, ruín y miserable que pide «votos» y «dinero» para elevar á un hombre sobre los demás, ha llegado al período de su decadencia y no tardará mucho en que los hombres de buena voluntad y sano juicio la abandonen como ramera impúdica saturada de envilecimiento, para emprender el camino recto y más corto, traduciendo en hecho el axioma marxista de que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.

El sindicalismo avanza más y más cada día y su organización potente y vigorosa dará al traste con la actual y corrompida sociedad, tal vez antes y mejor de lo que los mismos trabajadores crean.

La época de los «Amos» pasó á la Historia.

¡Queremos Tierra y Libertad!

V. V. GARCIA

## Las huelgas de Inglaterra

Han terminado las huelgas de Inglaterra dejando muchos recuerdos y no pocas enseñanzas.

Al lanzarse los obreros á la huelga revolucionaria sin hacer caso de los consejos que pudieran darles los jefes del obrerismo, la burguesía del imperio británico ha temblado viendo á sus esclavos, los que hasta ahora no se han apartado nunca de la legalidad, los que hasta ahora les han pedido con la gorra en la mano una migaja de las sobras de su banquete, tornarse en feroces revolucionarios dispuestos, en sus ansias de reivindicación, á tomarse por la fuerza lo que en justicia les pertenece.

El proletariado consciente de todos los países se ha desengañado de que todo lo que se legisa en favor del obrero es una farsa, y, por eso, en todos sus movimientos late un espíritu esencialmente revolucionario que los ha de ir llevando de triunfo en triunfo hasta la batalla definitiva.

Veamos lo que dice, sobre las recientes huelgas inglesas, el corresponsal de *El Liberal*, en Londres, Luis Araquistain.

«Nos parece lógico que los obreros no se satisfagan aun en el caso de que los aumentos de jornal, por ejemplo, sean iguales ó superiores á los aumentos en el coste de la vida. (Pero, que diríamos si ocurriese lo contrario, si el coste de la vida aumentase en mayor proporción que los jornales? Y, en efecto, esto es lo que ocurre. Lo dice un hombre que está considerado en Inglaterra como uno de los economistas más serios, Chiozza Money, y no lo dice por su cuenta, sino reproduciendo cifras tomadas de los informes oficiales que publica *Board of Trade*. Según estas cifras, en quince años el aumento de jornales ha sido de un 12'4 por 100; el aumento de precio de los artículos de consumo en Inglaterra, vendidos al

por mayor, 19'5; el aumento de precio de los artículos de consumo en Londres, vendido al por menor, 17'9; término medio del aumento de precio de los artículos consumo, 18 por 100.

«Es decir, que mientras hace quince años un obrero ganaba 100, hoy gana 112, y mientras lo que hace quince años costaba 100, hoy cuesta 118. O sea, el valor efectivo, la capacidad de compra de los jornales de los obreros es un 6 por 100 menor que hace quince años. ¿Dónde están, pues, las mejoras obtenidas por los trabajadores? ¿Tienen ó no tienen razón de quejarse?»

Sobre el mismo asunto, Tárria del Marmol, corresponsal de *El País* en la capital de Inglaterra, se expresa así:

«De este modo, á la par que ha ido mejorando la situación política del obrero británico—puesto que el partido laborista es actualmente el árbitro de la situación—ha ido empeorando de dos modos su situación económica; de un modo absoluto, ya que ahora pueden comprar menos que hace quince años; y de un modo relativo, puesto que contrasta más con su triste situación la opulencia encantadora de sus explotadores.»

«Este conflicto no es exclusivamente británico, es universal, y como sea que las mismas causas producen los mismos efectos, es indudable que presenciaremos pronto tremendas sacudidas sociales en otros países.»

Desgraciadamente, en todos los países sucede lo mismo que en Inglaterra, es decir, cada día más rico el burgués, el propietario-capitalista; cada día más pobre, más miseria entre la clase trabajadora.

Y que todavía confían muchos obreros en las fórmulas de los plutócratas del obrerismo, que todo lo esperan de la evolución y de las leyes!

Los datos ya escritos, son un rotundo mentis contra lo que propagan esos defensores del obrero y como la mayoría de los trabajadores ya lo saben, se preparan para dar la batalla definitiva á la burguesía, bajo la bandera roja que lleva este lema: «Tierra y Libertad».

Adelante.

M. F.

Huesca

Primer tema del segundo Concurso

## ¿QUÉ MEDIO ES EL MÁS PRACTICO PARA COMBATIR LA RELIGIÓN?

La religión ante la anarquía, es, á mi ver, un asunto de orden secundario, y además, á ninguno escapa que la idea religiosa al empuje de la ciencia se precipita velozmente hacia el profundo abismo de lo inexistente, donde con infernal estrépito la sepultarán sus propios escombros de dogmas y sofismas.

De ahí, pues, que abunde en la opinión de que no deberíamos ocuparnos demasiado de materias religiosas; pero como por otra parte sería inútil negar que éstas ejercen (aunque no tan enérgicamente) una marcada influencia sobre ciertos espíritus timorosos cuya ignorancia explotan, es forzoso admitir la utilidad de todo esfuerzo combativo contra este reminiscente poder moral.

Y aquí tropezamos con la duda que trata de dilucidar la pregunta del primer tema del concurso: «¿Cuáles son los mejores medios para ejercitar dicho esfuerzo?»

Incurriría en sectarismos proclamando la excelencia absoluta é indiscutible de determinado método. Además, el fin lo justifica todos (válgame lo pseudo-jesuitico de la frase), sin contar que tratándose de un enemigo abstracto en el orden ideológico, no es tarea fácil determinar los medios sin sufrir lamentables equivocaciones.

Tenemos, en primer lugar, la instrucción; sobada palabreja; arma invariablemente presentada como la más eficaz por los anticlericales. Pero éste no es, ni remotamente, un medio práctico, y si fuese el mejor, habría inducido sin duda á los compañeros de Gorgona á suprimir el primer tema del Concurso que da materia á este trabajo, por innecesario.

«Afirmación gratuita? Me explicaré. Examinemos los diferentes tonos de la gama clerical y veremos que todo en ella es aparente y que la buena fe, reducida á minoría, ha sucumbido al peso de la hipocresía y de las conveniencias sociales. No hay que decir, pues, cuán inútil fuera perder tiempo en instruir á los hipócritas. Estos saben muy bien que obran como perfectos imbeciles aparentando creer en las paparruchas bíblicas ó evangélicas. Saben, además, que hoy por hoy conviene á sus intereses servir á la religión, y en estos tiempos de materialismo nadie conseguirá arrancarlos la careta. Son almas metalizadas; lastre pesado que la revolución social deberá arrojar por la borda sin conmiseración de ningún género.»

Los ingenuos proporcionan también un gran contingente á las ideas deístas. Estos infelices que creen de buena fe todo cuanto de la iglesia emana por mediación de sus ministros, son asimismo poco manejables,